

Mercedes por un amor sin barreras

Marcelo Deza



Image not found.

Capítulo 1

Un día en la mañana de invierno vimos ingresar a Tía Mercedes con ternura a nuestro hogar. Nos saludó sin extrañarse de nuestros ademanes reflexivos y subió por la escalera sin decir más palabras sino una catedrática sonrisa.

Miré a Lucas en el preciso momento en el que se había girado para imitar mi humor.

-¿Y esas flores? –Interrogué como si no lo sospechara.

Se encogió de hombros sobre aquél sillón que daba todo el frente hacia la puerta de la entrada.

Cuando domina la aflicción

Y el alma sufre del pesar,

El amor, con su argénteo sonido

El mal no tarda en reparar.

Y antes de volver a formular otra pregunta, Lucas volvió a encogerse de hombros. Al extrañamiento por la novedad del asunto se agregó Tía Marta. Aunque todos perplejos, estábamos lúcidos y no tardamos en elaborar hipótesis, causas, alfas y omegas.

-Yo creo –Dijo gravemente Lucas- que el argénteo puede ser todo menos sonido.

Hubiéramos reído, pero el trasfondo, más que la voz desentonada de Tía Mercedes, no permitía las palomilladas y los escarnios.

-¿Por qué no les gusta aceptar que la plata solo es para comer? –Preguntó Lucas un poco resentido.

Asentimos todos desde afuera de nuestras cavilaciones. Desde ese ingreso por la puerta, majestuosamente Tía Mercedes, hasta la primera desentonación de la voz chillona que bajaba como una ráfaga por las escaleras, supe que algunos de nosotros había encontrado, sin esforzarse demasiado, la respuesta.

-Solo nos queda esperar –Dije sin mostrar demasiado interés por mi respuesta-, al fin y al cabo es una mujer soltera.

Y se hizo el silencio en la sala. Un rato después Tía Marta intervino en nuestra discusión desde la cocina:

-Pero, ¿Esperar qué?

-Esperar que acepte que el alma no pesa.

-Un galán como de las novelas. Se nos lo dará a conocer más temprano que tarde; ahora que comienza a entonar sobre el amor no nos extrañe que en estos días próximos la escuchemos canturrear sino sobre amantes.

El galán, con tierna mano,

Frota levemente el cabello

De su amada, para luego,

Besarla con un ademán liviano.

-Cómo eres profeta, primazo, a tu lado algún otro brujo antiguo se cubriría la cara.

A excepción de Lucas, Tía Marta respondió de acuerdo para con mis conclusiones. El día siguiente al llegar la madrugada me sucedió mi primer insomnio; y éste, apoyado por el canto de Tía Mercedes que me llegaba desde la pared de su habitación, me había movido hasta el gran sillón de terciopelo de la sala. Antes procuré no despertar a nadie con el ruido de mis sandalias al tiempo en que descendía por la escalera. <<La zona de las memorias, tantos recuerdos de este lado>> se decía Adolfo.

Tantas veces Tía Mercedes desdichada tras la pronta partida de Tío Ronald; fue esta sala lugar de la más terrorífica escena, desgarradoramente imprecisa e insospechada, nuestros movimientos perplejos apuraban su absurdez para mermar los terribles llantos de Tía Mercedes; malherido Tío Ronald, con inútil esfuerzo intentaba articular sonido que no fuera sino sus míseros gemidos; repantigado Tío Ronald, su cuerpo llamaba al cuerpo de Tía Mercedes, y aunque ambos superpuestos, la gravedad de sus sentidos le vedaban el tacto. Ahora pienso: qué poca diferencia existe entre el tiempo y el espacio. Irónicamente en el pasado y el tiempo exacto no se podía estar tan tranquilo como lo estoy ahora en la penumbra de esta sala sin que nos movilizáramos en sufrir con Tío Ronald que finaba despacio. Miro la oscuridad cuya esencia entorpece mis pasos cuando intento alcanzar con las manos el ídolo del ángulo de la sala; era una estatuilla de roído mármol con apariencia humana. Me pregunté, mientras aceleraba mis pasos hacia lo único de reverberación lúyida, si aquél objeto que sostenía no sería como el hombre que rondaba a Tía Mercedes. Todo parecía coincidir con mis despreocupadas reflexiones, me

daba cuenta que existía una semejanza aterradora; siempre había estado allí viéndonos desde lejos con sus ojos crueles, antes nunca percibidos; pero ahora la obscuridad me decía que estaba sobre mis manos. Sin embargo lo dejé en su lugar cómodo, y no fuera así si es que el tanteo de las gradas no me alarmaran, rápidamente fui a esconderme detrás del sillón y asomé la mirada por sobre él y que era invisible en la negrura. Miré a Tía Mercedes con un fondo de puerta y un marco de escalera venir hacia mí sin verme. Pero sus pasos sigilosos cesaron en el cerco del intermedio de la casa, y aunque no pude precisar sus ojos me pareció que giró la cabeza a donde el ídolo con la intención de postrarse, digo me pareció porque solo distinguía las sombras que bailaban dentro de mis ojos y tornabanse certeras para mí.

Me oculté de lleno, y en el silencio absoluto me quedé absorto; y no me pareció estar acompañado por la viuda de Tía Mercedes. Pronto volví a mi posición anterior para confirmar esta idea: las sombras ya no danzaban. Más tarde me empecé a preguntar por qué mi huida para con las caras familiares, hubiera sido tan sencillo no tener ese pánico y tratarle de explicar mi inusual insomnio a Tía Mercedes; tal vez porque a esas horas de la madrugada ninguna presencia me parecía sabida.

Retorne a donde pensé que era mi habitación y dormí después de mucho tiempo.

-¡Vaya! Éste cómo duerme-.

-Las noches son demasiado largas para él, no te sorprenda.

-¿Qué quieres decir con eso? A mí me parecieron siempre más cortas.

-Para él, dije. Caso individual. Yo creo que sueña demasiado y dentro de ese sueño vuelve a soñar.

-Estoy confundido, sé más objetiva-

-Que piensa mucho.

-¡Ah! Si, piensa demasiado.

Escuché sus voces, pero tan solo las últimas palabras y me parecieron tan ridículamente exactas. Dudé pero lo hice.

-Buenos días, Tía Mercedes, buenos días, Tía Marta, buenos días, Lucas.

Tía Marta y Lucas me miraban desconcertados, al principio creí que temieron que los haya escuchado conversar.

-¿Qué hacen acá? ¿Sobre qué hablan?

-Que hace mucho frío y que duermes mucho, qué tanto piensas, primo.

Descubrí que no era por eso al no movérseles la antigua mueca. Miré a Tía Mercedes y recordé.

-Adolfo te quería decir algo, Tía Mercedes. -Dijo Lucas-

Vacilé para confirmar.

-Tienes un galán, Tía.

-Yo no sé nada, si es por las canciones aquello no dice muchas cosas.

-Bueno, vamos a desayunar.

Miraba a todos con ojos de extranjero, apreciando sus espontaneidades y contradicciones. Pensé vagamente que alguno de todos ellos, a excepción de Tía Mercedes, notarán el proceso de todo, sus movimientos, sus represalias, sus ligeros cambios. Vagamente: Apenas se miraban, las pocas palabras mezclándose retumbaban en la mesa como un estallido triste. Me di cuenta que sus naturalidades y costumbres apagaban las luces de la casa, que ellos caminaban sin rumbo por la oscuridad artificial de sus ojos, que tanteaban para tocar lo ya conocido, que lo que había por conocer se hallaba cautivo en una jaula erigida por ellos mismos. Tal cual, Tío Ronald hubiera llegado para advertir un cambio, una vuelta de tuerca para cada asunto que se repetía. Yo quería a Tío Ronald, un poco porque se parecía a mí en ciertos aspectos, él también era un extranjero, pero uno activo, en momentos como estos se habría manifestado con un comentario semejante: "¿Acaso no ven que el ídolo está movido?" Y Tía Mercedes hubiera asentido con la cabeza mientras los demás, incluyéndome, replicaban. Por la tarde todos volvieron a sus actividades, Lucas viendo la televisión con la puerta abierta, Tía Marta tejiendo un chaleco y Tía Mercedes con su nuevo empleo que se mantenía en el desconocimiento del dominio familiar.

Cierto día me empezó a inquietar el cosquilleo de la holgazanería. Ante su repentino manifiesto, para sorpresa de todos, incluyéndome, me apresuré a buscar un empleo, pero no cualquiera, sino uno que fuera lo demasiado lejano para entretenerme contemplando el paisaje del otro lado de mi mundo mecánico. Y es fortuna mía, cuando me encontraba indeciso entre infinidad de rubros laborales, me vino a visitar mi padrino de bautizo, cordial e indiferente para con nuestra larga ausencia de años. En aquella tarde gélida le ofrecí de beber un vodka antes de hacerle la respectiva mención de acomodarse como en su casa.

-¿Cómo? Ya bebes, qué fino.

Como no era usanza acató mis íntimas órdenes mientras sorbía largos tragos. Como un relámpago pasó la mirada por los cuadros hermosos de Klee o Mondrian y por las fotografías de nuestros parientes muertos. Lo hacía ver casual y sencillo pero yo notaba que en su mirada se concentraba una atención enorme por captar las nimiedades. Me perturbaba. Lo confirmé cuando me lo confirmó.

-¿Esas rosas son artificiales o naturales?

-¡Ah! Naturales. A diez kilómetros.

-Claro, ya lo sabía. Un lujo. Pero falta cambiarle el agua.

Su mucha atención me producía desasosiego, y aunque después me reveló la intención de su venida, mi aflicción no cesaba su ritmo pesaroso.

-Venía para ofrecerte un trabajo en la empresa que dirijo.

-¡Ah! Sobre las telas.

-Exacto.

Y el diálogo no consumió más que 20 minutos de mi lapso.

-Gracias por perder tú tiempo- Dijo Padrino con una sonrisa incómoda.

-Gracias por el empleo, llego temprano los tres primeros meses siempre, mañana estoy allí a las 8 en punto.

Permanecí sentado en mi sillón tras haber estrechado su mano con fingida cordialidad. Sentía que mi mirada se deformaba, se iba haciendo más rígida conforme lo veía alejarse. Yo hubiera querido más a Padrino si no cumpliera con las aptitudes que más aborrezco. Más que todas ellas era su extraño paseo con la mirada por todas las cosas, caras. La sensación de que ese inútil supiera más que yo. Llegué a pensar que me observaba el pensamiento mientras conversábamos; todo coincidía como fichas en sus casillas, como medallas que completaban un rostro oculto. ¿Fue la oferta de trabajo un mensaje? Dejé de pensar en aquello cuando creí que casi siempre se dieron las coincidencias en mi vida. Ahora que me pongo reflexivo no demora en llegar a mi memoria el episodio donde me encontré un billete afuera de mi casa. Ese día fue catastrófico (hace una semana) pues me moría del hambre y me daba la vergüenza pedirle a Lucas o a Tía Marta, y mucho más a Tía Mercedes, un poco de dinero. Pero contradiciendo el destino a su decisión inicial, me encontré aquél billete que me había de alcanzar en comida y té para una semana fijo.

Padrino se ha ido y no olvido su oferta que acataré con gusto si el jefe no se propone a apurar a sus trabajadores; yo que siempre acostumbro andar con parsimonia a nadie extrañaría mi desapego.

Sentado en el sillón de terciopelo y con las manos en los bolsillos, me basta retirar unas cuantas monedas del año 1950 para recordar qué tan pobre estoy. Y ahora que se acerca el año nuevo para entrar con furia en 1951 me emociona el bife jugoso, las 12 uvas a las 12 de la noche, la entorpecida pero extraordinaria manía por comer en 12 segundos el puré de manzanas, cuando ahora comía en 12 segundos porque la porción era escasa y casi no me gustaba pensar en la siguiente cena que la veía bien lejos, mientras sobre mi mano se burlaban las monedas. Yo no preveo nada, todo lo que me incita a seguir avanzando son los recuerdos del pasado y de ellos me aferro para no cometer los errores, pero por qué negar que soy contradictorio, que cuando el Padrino me dio la noticia lo dejé de odiar por un instante. Ahora me parece todo muy absurdo, mañana seguramente esté a primera hora en el trabajo y miraré al Padrino con una mezcla de amor-odio, trabajaré para ganarme el pan y aborreceré el trabajo, para que al final de todo me sienta entre alegre y resentido. Con la barriga llena.

El larguísimo insomnio me duró unas tres horas. Fue una catástrofe cuando al despertar vi que eran las 7:30, y entre alistarme y dar una explicación casi creíble, calculé veinte minutos de retraso.

-Buenos días, Jefe.

Asentí.

-¿Qué se te ofrece?, estoy apurado.

-Un ascensito por favor.

-Nada de bromas, Lucas, tengo que seguir buscando trabajo.

-¡Vaya! Con ese traje encuentras compañía más que trabajo.

Lo vi de soslayo con desprecio infinito.

-Adiós.

-Espera, mayestático, tienes que despedirte de Tía Marta.

Acaté por respeto a Tía Marta.

-¿Dónde está Tía Mercedes?

-Con su galán, digo, su trabajo.

El desprecio quemaba mi pecho y una tersa mueca discreta adornaba en mi rostro.

-Nunca quise decirle sobre su 'galán', tuviste que meter la pata el otro día. Adiós.

Me fui alejando de cada cosa ya conocida para descubrir las ya sabidas por los demás. Me subí al primer colectivo y dejé que mi inspiración se dejara llevar al mismo latido que se reproducía el panorama tras la ventanilla. Reconfortado, el tiempo avanzaba y no se detenía con la pareja sentada en la banca de un parque entre besos y promesas, en los obreros principiantes y titubeantes. El tiempo avanzaba rápido cuando creí saber las promesas del amante, las dificultades del pipiolo, los convencimientos del galán para Tía Mercedes. Irónico pensar en qué rápido se pasa el tiempo cuando uno se abstrae en reflexiones para nada ciertas. Calculé 10 minutos de viaje y llegué a pensar que fueron dos minutos cuando el chofer me pidió que le pague y descienda. <<Nada ciertas>> pensó Adolfo al orientarse en la acera. Nada ciertas, por supuesto, quizá los convencimientos no venían de ningún lado, increíble pero cierto concebir aquello. Yo imagino ahora tan con coraza casta A Tía Mercedes, tan donde la flecha del ciego no le traspasa ni le mueve de su círculo dolido por la pérdida de Tía Ronald. <<Coraza casta>> se dijo a sí mismo Adolfo andando a su trabajo que estaba cercano. Distinguió a Padrino que lo veía entre extrañado y afligido.

-Lamento decírtelo, comprendo que necesitas el empleo, pero no admito tardanzas. Despedido.

Mi rostro mutaba sus gestos con cada palabra, primero fue, con "lamento decírtelo" de extrañeza, con "comprendo que necesitas el empleo" de rabia, con "pero no admito tardanzas. Despedido" de tristeza. Tan pronto terminó lo encaré.

-¿Cómo sabes que necesito el empleo?

-Una de mis empleadas me lo dijo.

Asentí mirando a la pared de a lado, y después, mientras me alejaba por el sendero, le pregunté a un señor si tenía hora.

-8:00 en punto- contestó el señor-.